Saludo respetuosamente á los golfos de ambos sexos que echan su siesta en la cabecera de este artículo, y confessando que de buena gana les imitaría, digo:
—¡Bien haya el profundo político inventor del sistema bi-cameral, y padre, por consiguiente, de la siesta parlamentaria en el cómodo hospedaje del Senado!

Si la perezza no atase mi cuerpo y dominara mi espíritu, buscaría su ilustre nombre en algún Diccionario enciclopédico, en uno de esos respectables volúmenes entre cuyas hojas, cuidadosamente clasificados por orden alfabético, echan su siesta todos los conocimientos humanos.

Mas no impedirá el anónimo en que para mi tan profundo político permanezca, no impedirá que yo rinda testimonio de admiración á su persona; más haré alzando mis alabanzas cuanto mi abrumadora perezza me lo permita, del ser á la institución, de la persona al Código, entonaré fervidos lores en pro de una Constitución como la nuestra, que reparte el Poder parlamentario entre la Cámara popular y la alta Cámara. Sólo le faltó preceptuar que sobre la puerta del Senado se colocara un cartel con la leyenda siguiente:

«Aquí se echan siestas electivas y vitalicias.»

Nada hay perfecto en este mundo. Con un capitán más, ordenando ese cartel, nuestra Constitución no tendría pero, y todos los españoles podríamos echarnos á dormir la siesta tranquilamente en mangas de camisa.

¡Suprema aspiración de los pueblos libres en los veranos calurosos!
EL CALOR AJENO

—¡Qué calor! exclamamos todos.
—¡Qué insuperable calor! dicen lo mismo el rico que tiene en su casa todas las comodidades posibles, que el infeliz que se pasa doce horas trabajando en su bohardilla.
—¡Qué calor! repetimos, egoístas, no pensando sino en nosotros, y creyendo que el sol que nos abrasa sólo para nosotros brilla con tal fuerza.
¡Agua fresca, hielo, cerveza! Este toma un baño frío, el otro prepara las maletas para irse a un puerto de mar cualquiera... ¿Quién se acuerda de los que forzosamente tienen que pasar cien mil veces más calor que ese que tanto nos molesta?

Curioso sería hacer la estadística de las víctimas inocentes de altas temperaturas, y más curioso aún y fatal y lógico sería deducir que todas ellas pasan por ese martirio horroroso para que los demás seamos felices. ¡Oh, qué razón tenía León XIII cuando dijo que en el mundo no había ni demagogos, ni anarquistas, ni enemigos de la sociedad! «No hay más que desgraciados», dijo el Santo Padre. Y si de tan autorizados labios han salido palabras tales, ¿cómo no repetirlas y extenderlas, para que por el mundo corran?
¡Calor! El que nosotros sufrimos es aire fresco comparado con el que estarán pasando en este momento los que trabajan en los hornos donde se fabrica el vidrio. Las penas del infierno de que nos habla la Iglesia deben ser así. Para que tengamos en la mesa la botella que ha de contener el agua fría, el vaso del espumoso champagne, es preciso que durante los meses de Junio, Julio y Agosto, miles de próximos soporten una temperatura de cincuenta